

Reflexiones sobre *El Archipiélago Gulag**

Claude Lefort

El *Archipiélago Gulag* es mucho más que un relato sobre la vida de los detenidos en las prisiones y en los campos de concentración soviéticos y mucho más que una historia del sistema penitenciario desde los días que siguieron a la Revolución de Octubre hasta 1953. Sin embargo, tiene la dimensión de un relato: está construido a partir de una gran cantidad de testimonios y de la propia experiencia del autor; y tiene la dimensión de una obra de historia: está basada en esos testimonios y en una considerable cantidad de documentos oficiales, legislativos, administrativos, jurídicos, políticos y literarios. El relato cautiva al lector; en cambio, la descripción de las condiciones de trabajo, del hambre, de la disolución de los vínculos sociales elementales (más que cualquier otro, el capítulo más penoso de leer es “La mujer en el campo de concentración” [II, 158-175]), lo conduce muchas veces a un horror que se vuelve obsesivo. Pero mido mis palabras: el horror no debe servir de pantalla. Si el presidiario Soljenitsin hubiera estado fascinado por el horror, no hubiera escrito este libro. Si nosotros lo estuviéramos, llevados por la imaginación, no lo leeríamos de verdad. Por lo general, la mezcla de repugnancia y de atracción que provoca una escena de horror impide pensar. De tal manera que la olvidamos en seguida o que permanece en nosotros aislada y como desconectada del resto de nuestras representaciones. Soljenitsin se propuso pensar aquello que precisamente impide pensar. El que no le siga en este camino olvidará su libro cualquiera que haya sido el grado de su emoción cuando lo tenía entre las manos.

Una frase del breve prólogo permite entrever muy pronto la disposición de ese *zek* tan singular: “yo quien... casi me he enamorado de ese mundo

* Extraído de *Un hombre que sobra*, Tusquets, Barcelona, 1980, pp. 21-41.

monstruoso". Puede considerarse que está "casi enamorado", pues ha conocido esta experiencia límite en la que, en el más bajo grado de abyección, los hombres descubren como un *hecho* su humanidad -un hecho indestructible, natural y, como tal, sobrenatural-. Esta consideración parece confirmarse con la lectura de dos capítulos: "Depravación", "Elevación", hacia el final del segundo volumen. Para mí, también se confirma recordando uno de los más hermosos libros escritos sobre los campos de concentración nazis, una gran obra de nuestra literatura de postguerra: *L'Espèce humaine*, de Roberte Antelme, quien decía algo parecido. Pero creo que la breve frase está cargada de otro sentido -a decir verdad, diferente, sin serlo absolutamente-. Soljenitsin se siente atraído por el mundo del Archipiélago que, si bien anula por su crueldad y su demencia los normales poderes del conocimiento, extrae de él una pasión, un deseo ilimitado de comprender. Me atrevo a decir que una de las razones por las que, después de largos años de detención (dos años de *trabajos generales*) y una enfermedad generalmente mortal, sigue vivo, se debe a ese deseo, que demostró ser indestructible, de pensar, hablar, escribir desde ese mundo, sobre ese mundo hecho para anular el pensamiento, la palabra, la escritura. Quizás atribuya su salvación a la Providencia, lo ignoro: el hecho es que no lo dice en ninguna parte. Sea lo que fuere, su libro (el conjunto de sus libros) se nos aparece como la obra del cautiverio, del exilio, de la extrema alienación, no sólo en el sentido en que podría ser una consecuencia extraordinaria de su experiencia y de su supervivencia, sino porque, al vivirla antes de salir al exterior, ha hecho del esclavo que estaba destinado a ser, el *hombre* del Gulag, un maestro de la muerte.

¿Es necesario señalar el subtítulo de *El Archipiélago: ensayo de una investigación literaria*? Se trata, decía, de algo mucho más que un relato, y también de algo mucho más que una historia. La investigación se arraiga en la pasión de comprender del detenido, al que se ha convertido en un *zek*, al que se ha hecho nacer a ese "mundo monstruoso", sin que él supiera por qué y menos aún lo deseara. Es una investigación indefinida, sin límite, que nace de una condición privada de todo sentido; por eso es literaria. Está inmediatamente unida a la exigencia de hablar para vivir y de vivir

para hablar, y no puede más que seguir siéndolo. Imposible, pues, que la acción de conocer se despoje de la conquista de una palabra que nombra las cosas y a los demás, se despoje de la tarea de expresar: sólo así la obra es elemento de verdad.

Nada ya más digno de ser meditado que la estructura de ese libro. Empeñado, sobre todo, en dar a conocer el mundo de los campos de concentración, e, indirectamente, el que los engendra, a desmontar los mecanismos de la “industria penitenciaria”, a reconstruir la historia de la represión, a descubrir la lógica del totalitarismo, obliga constantemente a oír la voz de *alguien*, una voz absolutamente singular, cuyos timbre, fuerza y ritmo, cambian bajo el efecto de la indignación, del dolor, del sentido del humor, del insulto (¡cómo se habla de Gorki!), una voz tal que la traducción (parece excelente, pero necesariamente imperfecta) es capaz de volverla sensible. Nada más notable, también, que la estructura del discurso burocrático, su anonimato. A un mundo desertado por la palabra viva, abocado a la monotonía de la afirmación, sólo podía responder, a ese mundo sólo podía medirlo un hombre diciendo: *yo*.

Literaria es la investigación: en este sentido, precisamente, es totalmente lo que debe ser: movimiento de la indagación al mismo tiempo que movimiento del conocimiento; movimiento que impone pasar por un desfile de informaciones, observaciones ejemplares (en el sentido clínico del término), siguiendo referencias históricas, sociológicas, etnográficas, políticas, pero que no puede dividirse, terminar en las fronteras de un saber con resultados parciales, determinados, que no puede más que devolver constantemente a su punto de partida, al punto de donde es necesario *hablar*, empezar a hablar contra la sinrazón.

La historia reconstruida por Soljenitsin es en verdad altamente instructiva. Arroja sobre la represión antes de la era stalinista, su práctica, su justificación ideológica, sus fundamentos jurídicos, una luz tanta más esclarecedora cuanto que aquellos que habían abierto los ojos a la violencia leninista no consideraban con demasiada frecuencia más que determinados episodios, tales como la lucha llevada a cabo contra los anarquistas o la masacre de la Comuna de Cronstadt, para apreciarlos desde un punto de vista estrictamente político. En lo que concierne a la era

stalinista, el autor hace pedazos la tesis oficial, forjada por Kruschtev y reproducida por sus sucesores, que circunscribe el período de “los atentados a la legalidad socialista” fijando su principio al día siguiente del asesinato de Kirov, y pone en su justo lugar, modesto en suma, el episodio de los grandes procesos de Moscú, que fascinó a la opinión pública de Occidente. No sólo fuerza a medir los efectos del terror que se abatió sobre el campesinado, indiscriminadamente sobre todas las capas sociales, en el momento de la colectivización forzada, sino -a mi juicio es la enseñanza más sorprendente-, revela, por una parte, la continuidad de la represión (encarcelamientos y deportación) o, según sus palabras, el incesante funcionamiento de la “industria penitenciaria”, el “movimiento perpetuo” de traslado de los detenidos, y, por otra parte, la naturaleza de la población a la que sometía, compuesta en una ínfima parte de verdaderos “políticos” y en su inmensa mayoría de elementos cualesquiera que fueran, pertenecientes a todos los estratos de la sociedad (por lo tanto, sobre todo a trabajadores), condenados por delitos menores o puramente ficticios. Además -y a este respecto la información parece también nueva y exige la atención de los intérpretes-, son puestos en evidencia los cambios ocurridos en el régimen de los campos de concentración, en particular la ruptura de 1934, que consistió en sustituir las armas, pese a su eficacia, de la ideología por aquéllas, más convencionales, de la violencia física.

Pero este estudio histórico, del que hemos dicho que dedica un amplio espacio a la evolución de las leyes, no es más que una parte del análisis. Va unido a una perspectiva sociológica. Ésta alcanza principalmente la naturaleza de los grupos sociales en los campos de concentración, pero también, a menudo, las relaciones sociales en el seno del mundo soviético y la mentalidad de los cuadros burocráticos. Por numerosos que sean los retratos esbozados a lo largo del libro, hay que tener en cuenta que tienen casi siempre valor de ejemplo. El fragmento biográfico está utilizado para brindar un mayor conocimiento de los tipos sociales, tanto el de carácter heroico (el campesino Vlasov, por ejemplo) como el totalmente prosaico que pone en escena individuos de diversas condiciones. Debe señalarse que esta perspectiva sociológica parte esencialmente de una cultura marxista; poco importa que el autor la utilice a veces con una ironía feroz, extrae de

ella verdades que son suyas. Por ejemplo, cuando afirma de paso que los *zeks* conforman una clase, en términos que son, o deberían ser, los de todo buen lector de *El Capital*: “En efecto, señala entonces, ese importante grupo humano (de muchos millones de seres) tiene una misma relación común a todos con la producción (a saber, de sometimiento a ella, de vinculación a ella y sin el menor derecho a dirigirla). Tiene asimismo una misma relación con la distribución de los productos del trabajo (a saber, ningún tipo de relación; recibe únicamente una fracción irrisoria de lo producido, lo estrictamente necesario para malamente proveer a su subsistencia). A todo esto, su trabajo no es una insignificancia, sino que constituye uno de los pilares de toda la economía del Estado”(II, 364).

Asimismo, cuando compara la condición de los *zeks* con la de los siervos en la Rusia zarista, lo hace con una seguridad notable y un sólido conocimiento de la problemática de Marx. Pero ya no se detiene en este acercamiento sociológico. En varias ocasiones asoma el etnólogo que hay en él, hasta afirmarse explícitamente en el capítulo “Los *zeks* como nación” (II, 364-387). Designio de un observador intérprete que interroga a un grupo humano allí donde se encuentra implantado, y, aunque le sea extraño, anota sus comportamientos, sus actitudes, sus valores, sus modos de comunicación y de información, su lengua, los datos ecológicos, la reproducción material y cultural del modelo considerado, sin perder de vista su pregunta inicial: ¿qué es, pues, el mundo para un indígena del Gulag?

Esta triple indagación se combina también con una reflexión sobre lo *político*, no sobre los aspectos políticos del régimen soviético o de los campos de concentración, en el sentido que ha pasado a ser convencional del término, sobre las relaciones de poder, sino sobre la lógica del totalitarismo. Tanto las observaciones formuladas sobre la eficacia y los límites de la ideología -extraídas de los testimonios y de los documentos más diversos-, como la descripción, hecha a lo vivo, del funcionamiento de la burocracia, de la monstruosa alianza de coherencia y de incoherencia, de disciplina e irresponsabilidad que la caracteriza, constituyen una contribución sin igual al estudio del sistema. Por otra parte, algunas referencias al despotismo ruso (a las que acabamos de aludir) aclaran por

contraste los aspectos absolutamente *nuevos* del régimen forjado por el stalinismo, régimen moderno que -el autor no permite ilusión alguna sobre este punto- sobrevive a la desaparición de su Amo a pesar de las restricciones en el uso de la violencia.

En fin, las breves observaciones sobre el vínculo que mantiene el mundo totalitario con la ideología socialista, que ponen en cuestión al mismo Marx, aunque aún más, al leninismo, plantean una pregunta ante la que nadie puede evadirse de no estar cegado por sus fidelidades: la que atañe al fantasma de una sociedad unificada, totalmente agrupada bajo el efecto del trabajo colectivo y de su movilización con miras a un fin universal. Suscitar esta cuestión a partir únicamente del fenómeno de la represión, lejos de reducir su alcance, pone en evidencia, me parece, un aspecto evitado con demasiada frecuencia en las discusiones doctrinarias.

Sin embargo, observábamos, los interrogantes que suscitan la obra de Soljenitsin no tienen límites. Así pues no puede decirse que culminan en el de lo *político*, salvo que precisemos inmediatamente que lo político no se deja atrapar en el registro de una realidad -de un orden fundamental de prácticas y representaciones pura y simplemente social y humano. Sin duda, esbozar la lógica del totalitarismo es mucho ya, es una tarea considerable de la que sabemos que es enteramente desconocida por aquellos (casi todos) que hacen profesión de fe revolucionaria (inútil hablar de los demás para quienes el totalitarismo es el capitalismo sin las libertades burguesas). Pero cuando observamos, en el espectáculo de los campos de concentración, los signos de una descomposición de lo social, o -si el término ha merecido alguna vez un empleo riguroso, es precisamente en esta ocasión cuando hay que utilizarlo- de una *deshumanización*, nos encontramos confrontados con una experiencia que no sólo escapa a toda voluntad individual o colectiva, sino que se vuelve informulable en el marco exclusivo del discurso totalitario. Los acontecimientos que se encadenan, las fuerzas anónimas de destrucción que se propagan, las formaciones casi orgánicas o mecánicas son los efectos contrarios de este discurso en la realidad. Valórese el esfuerzo del escritor, hablando de su "mundo monstruoso": es el archipiélago que se extiende bajo el cataclismo, el cáncer que difunde su metástasis, la red de canalizaciones

donde no cesan de “salpicar la sangre, el sudor y la orina a los que nos habían reducido”. La masa de detenidos, son “los ríos que forman otros ríos”, o “los bancos grises compactos como arenques en el océano”, o también los “chorros despedidos por alcantarillas”, o los productos de una “ingestión y de un derrame” continuos. Los poderes de la represión, son los “Órganos” (“ellos mismos se han otorgado ese nombre repugnante”) que extienden “tentáculos”, desarrollan “su musculatura”. Así se acumulan las metáforas, extraídas de la geología, de la biología, de la industria, se entremezclan, incomprensibles, en busca de una traducción en el lenguaje de lo que escapa a todo lenguaje, para configurar lo no-social, lo no-humano, para señalar, en fin, en dirección del abismo abierto por una sociedad que pretende precisamente asirse en todas sus partes, saberse, cercarse como pura sociedad humana, coincidir en toda su extensión con su definición política.

El lector, si consiente en seguir a Soljenitsin en su indagación (y, ante todo, en leerlo hasta el final del tercer volumen, pues, ¿cuántos no lo han abandonado en el primero?), si consiente en afrontar el enigma que esta indagación se ha empeñado con obstinación a *producir* y que está por encima de todos los datos concretos, ¿cómo podría creer que en esta obra sólo se le habla de los campos de concentración soviéticos o de la URSS? Si esta obra tiene el extraordinario poder, en el momento mismo en que aparece, de inscribirse en la Historia, es que formula todas las preguntas de nuestro tiempo sobre la Sociedad y sobre la Historia -incluso si su intención no es articularlas en la “teoría”-, es la que interpela el Siglo y hace tambalear todo el edificio de sus representaciones, ordena abrir los ojos ante la gran fisura del mundo moderno.

¿Desde qué posición habla Soljenitsin? Vale la pena detenerse en la pregunta aquí planteada, puesto que, al parecer, una vasta operación se ha puesto en marcha desde ahora, desde distintas capillas, para desencadenar la crítica socio-política de Soljenitsin a favor del argumento según el cual sería anticomunista, conservador, reaccionario, en fin, cristiano devoto. Esta operación no merecería destacarse si se redujera a la maniobra

grosera de los propagandistas soviéticos o de sus acólitos occidentales, como el tal Ellenstein ya mencionado. Tampoco nos afectarían las elucubraciones de otro guardián de la ortodoxia (la de la IV Internacional), E. Mandel, quien se atreve a afirmar en un artículo en la "New Left Review" (nº 86) que Soljenitsin no nos revela nada sobre la represión que ya no supiéramos gracias a la oposición de izquierda, concentra su análisis en la defensa del leninismo y declara que el terror rojo fue una respuesta al terror blanco (el paralelismo de los argumentos trotskystas y neostalinistas cobra todo su sentido). Pero, no cabe la menor duda, la sospecha respecto a Soljenitsin tiene orígenes más profundos. Es un testimonio de las devastaciones de la ideología, particularmente sensible en los sectores de jóvenes izquierdistas (militantes o no) quienes no pueden tener acceso a la Historia a partir del momento en que éste no está abierto desde una posición "revolucionaria". Ahora bien, no basta observar (por muy acertada que sea esta declaración) que poco importan las convicciones del escritor: no impiden de ningún modo tomar en cuenta lo que él dice, observar las verdades de su libro y darles un destino -poco importa, pues, que sea reaccionario o no: no hay "ciencia de clase". Si nos detuviéramos en este juicio de base, permitiríamos que se forjara otra leyenda: a saber que *el Archipiélago Gulag* contiene una visión reaccionaria del mundo.

Ahora bien, este libro -hablo de él, no del texto escrito con ocasión del Premio Nobel, ni de la carta dirigida a los dirigentes soviéticos, ni de esta o aquella entrevista concedida a la prensa, no por lo tanto de ese *segundo* discurso, separado de la obra, en el que se dan las *opiniones*, por lo demás de ningún modo reaccionarias, pero tal vez ingenuas y seguramente discutibles-, este libro se encuentra constantemente bajo el signo del antiautoritarismo, y, más aún, debe toda su concepción a la identificación del escritor con el trabajador del campo de concentración, con el que trabaja y sufre el peso de la opresión y de la explotación.

Soljenitsin escribe en un pasaje del libro: "Yo mismo tengo alma de mujik" (II, 200). Por mi parte, pienso que dice la verdad. Pero, en fin, éstas no son más que palabras, como las que cada uno dice sobre sí mismo para exponer su imagen, y nadie tiene la obligación de creerle al pie de la letra. Inútil, pues, detenerse en este tipo de declaraciones. Por el contrario,

cuando se le ve elaborar una crítica minuciosa y rigurosa de la jerarquía en los campos de concentración, poniendo en evidencia en cada escalafón (en cada sector de la administración, de la gestión, del encuadramiento de los hombres, de la intendencia) la función desempeñada por los “enchufados” en el sistema burocrático, descubrir en qué medida cada una de las categorías privilegiadas contribuye a la explotación de los trabajadores, incluso su exterminio. (II, 177 sg.); cuando se le ve oponer el trabajo servil físico, realizado gracias exclusivamente al dominio, al trabajo servil intelectual cuyo fin es necesariamente el de convertir a sus agentes en cómplices de los dominadores (II, 183); cuando se le ve, en fin, extender su crítica a toda la sociedad (II, nota 3, p. 207), demostrar que no hay elementos en la capa cultivada de la población -técnicos de toda clase, o especialistas en “las ciencias del hombre”- que no hayan constituido los escalafones de la cadena burocrática misma, hacer el proceso de la intelligentsia en tanto que grupo oficialmente reconocido, denunciar la mentira generalizada en la que no podían dejar de participar, buenos o malos, todos aquellos que pudieron expresarse públicamente durante la era stalinista (II, 470-471), es cuando la duda no cabe en la posición desde la que habla Soljenitsin. Aprehende *desde abajo* la sociedad del Gulag y la sociedad en general. Desde un punto de vista que se abre a todas las avenidas del mundo burocrático, puesto que todas han sido trazadas para hacer desembocar las órdenes en el mismo lugar.

De hecho, sus análisis vuelven a menudo, en el segundo volumen, a la idea de una división radical dirigentes-ejecutantes. Esta división social no impide colocar entre los primeros a los homúnculos detentores de una ínfima parcela de poder, y entre los segundos a unos brutos abocados a la abyección; pero, por un lado, hay la masa que sufre, sin ninguna clase de recursos contra su suerte, y, por el otro, por débil que sea quizá la ventaja personal, séquito de los enchufados, de aquellos que sirven de correas de transmisión en el sistema de dominación.

Hay que recalcar aquí las equivocaciones sobre su concepción -esto se trasluce en la polémica destinada a los ex-enchufados-, autores de testimonios publicados al regreso de los campos-, por cuanto lo que no le perdonan estos últimos es haber desgarrado el velo de la respetabilidad con

que encubrían su antigua función. En general, lo que la “buena sociedad soviética” no le perdona, no es su vínculo con la religión (muy difundido), o con la vieja Rusia (nuestra izquierda occidental olvida la fascinación que ejercía Pedro el Grande sobre Stalin), sino el haberse atrevido a decir, una vez libre, que la mayoría de las personas que habían estado allí estuvieron comprometidas en la monstruosa política hábilmente atribuida a la sola perversidad de Stalin, que los verdugos de los campos de concentración mueren en sus camas, respetados por todos, o viven en paz, que un proceso como el de Núrember es una obligación moral e implicaría a 250.000 personas (I, 157), el haberse atrevido a vilipendiar a Gorki, Shojolov, Ehrenburg y a decenas de escritores que afaman todavía las bellas letras del régimen. Lo que no le perdonan es el atacar a la corrupción generalizada que engendró el stalinismo y, finalmente, el no dejar de lado a nadie, el pronunciar esta alucinante acusación:

“Si en treinta y cinco años (hasta 1953), estuvieron en el Archipiélago, contando con los muertos, unos 40 o 50 millones de personas (...), al menos una condena de cada tres, o incluso de cada cinco, se debía a una denuncia, y también había quien hiciera de testigo. Pues aún siguen entre nosotros esos asesinos del tintero... Toda esa gente sigue entre nosotros y las más de las veces próspera, y aún nos enternecemos de que sean sencillos y buenos ciudadanos soviéticos” (II, 467).

Observa irónicamente que los magistrados que lo reciben después de su rehabilitación y discuten tranquilamente los excesos de la represión, declarándose todos inocentes y ofreciendo la imagen de buenas personas, lo arrojarían de nuevo al presidio si el viento cambiara (I, 251).

Soljenitsin, ¿de derechas? ¿Pero dónde está la derecha en la URSS? ¿Dónde están los conservadores, los reaccionarios, los devotos, los bien pensantes (como él mismo los llama con gran acierto)? ¿Dónde están aquellos que no desean la justicia, a no ser para ellos mismos, cuando se sienten amenazados, que están seguros de la superioridad de los superiores y de la inferioridad de los inferiores, que no toleran ni la crítica ni menos aún la oposición constituida, que consideran intocable el orden establecido, dónde están los chauvinistas y los racistas, aquellos que reprochan a los demás no sólo una acción, sino un pensamiento supuestamente

inconformista? ¡Pues bien! Reinan, están en la cúspide del Estado, en el Partido, ocupan en todas partes los primeros rangos de la sociedad. Son ellos, por ejemplo, cuya reacción de dignidad el bueno de Jean Daniel, como ya dije, acoge con compasión cuando los extranjeros se atreven a colocarlos en situación de respetar los Derechos del Hombre y de conceder la libertad de emigración.

Entonces, ¿cómo clasificar a Soljenitsin? Creo descubrir en su libro la palabra justa (que se me perdone, no conozco el ruso, cito su equivalente traducido). Se encuentra en el pasaje donde Ehrenburg es objeto de amable burla por su versión del mecanismo de arrestos (II, 476) -demasiado amablemente, para mí, aunque es cierto que se ha recordado en otra parte que Stalin había tenido que golpearlo en los dedos porque su histeria chauvinista se volvía molesta:

“Resulta muy cómodo afirmar hoy que el arresto era una lotería (Ehrenburg). Una lotería era, pero algún que otro numerito estaba marcado. Hacían redadas, metían en prisión según cifras dadas de antemano, de acuerdo, pero cualquiera que se atreviera a *contradecir en público* era embarcado en el acto” (subrayado en el texto).

Entre los millonés de hombres así cogidos, el escritor Soljenitsin es el mayor *contradictor público* (al menos el que pudo sobrevivir y hablar) engendrado por la sociedad burocrática. ¡He aquí una expresión graciosa, se dirá! Sin embargo, expresa muy bien lo que desea decir en el contexto: el contradictor público es aquel que abre la boca cuando se ha decretado que debe cerrarla. Transgrede la regla de sumisión. Esta es, entre todas, la calidad de Soljenitsin: como contradictor, como transgresor, como insumiso ante la autoridad -todas las autoridades, de hecho- no tiene paralelo, que yo sepa. Pero, por cierto, hay una palabra que resuena con más familiaridad en nuestros oídos y que tiene la ventaja de inscribirse en una tradición (¿no es esto también un inconveniente?): *libertario*.

¿Libertario? Estoy seguro de que entre mis lectores habrá alguno que encontrará la definición inconveniente (no hablo de los “ortodoxos”, neostalinistas o trotskystas; esta definición puede no disgustarles, puesto que odian al prototipo del libertario). ¿Cómo?, dirán, Soljenitsin respeta la Ley, la Familia, la Tradición, ama la Tierra y cree en DIOS (¡!), ¿cómo

llamarlo libertario? Pero a estos lectores les digo que se equivocan: la actitud libertaria no implica ni excluye *a priori* creencia alguna, sino únicamente aquella creencia que supone adhesión al orden establecido, sumisión a la autoridad de hecho, confusión entre la idea de la ley (si faltara a la ley, ya no se trataría de un libertario, sino de un delincuente) y las leyes empíricas que pretenden encarnarla. La actitud libertaria escapa a las categorías de la ideología, y, menos aún, puede codificarse en una doctrina. En cuanto a los hombres considerados como tales, están, como todo el mundo, determinados por las condiciones históricas, sociales, culturales, arrastran consigo prejuicios y fantasmas. Pero esta determinación es secundaria. Aunque invoquen un pasado o un porvenir idealizados e ilusorios, en el presente tienen un olfato casi animal para oler las trampas de la servidumbre, ven, hablan, cuando los demás cierran los ojos, se callan. Rebeldes por naturaleza, como se les llama, no tienen miedo a decir: *yo*, públicamente, sabiendo con un saber que no se complica con justificaciones, sabiendo que no es su pequeño *ego* el que se exhibe, sino la verdad que hace vibrar sus voces. Pues bien, Soljenitsin pertenece a esta especie. Por ejemplo, no hay más que leer su relato del asunto Kady (1937), el retrato que hace del joven comunista V. G. Glasov, director de la cooperativa alimentaria de la zona, ferozmente dedicado a su ideal, espabilado como nadie para alimentar a sus administrados volviendo patas arriba los reglamentos, intratable en los negocios que le propone el NKVD, negándose hasta el fin a denunciar a aquellos con quienes la autoridad se ensaña, indomable durante su proceso, y, al ser condenado a muerte, chillando al público: “¡Y vosotros, al menos, banda de canallas, ¿no podríais aplaudir? ¡Y se dicen comunistas!” -no hay más que reconocer en este personaje a uno de los héroes del escritor para comprender hasta qué punto es un libertario (I, 369-370).

Cierto, que lo sea no quiere decir que hable en nombre del Proletariado, que crea en la “misión histórica” de la última clase forjada por la Gran Industria, pero, si a los ojos de los pequeños ideólogos esta “deficiencia” basta para desacreditarlo, entonces nada hay que agregar, sino que su visión de la opresión es tristemente limitada.

He dicho que la concepción misma del libro procedía de una identificación del escritor con el hombre del último escalafón, con el trabajador que sufre todo el peso de la explotación. Ahora bien, debo aclarar ahora que sin duda alguna él es consciente de que esta identificación le brinda el poder de conocer y de escribir. Habría que recordar el argumento que opuso a sus detractores para defender *Un día en la vida de Iván Denisovitch*:

“Cuando tuve que elegir al personaje central para una novela sobre los campos, tomé a un trabajador, no podía tomar a ningún otro, pues sólo un trabajador está capacitado para entrever las verdaderas correlaciones, los distintos aspectos del campo (del mismo modo que sólo un soldado de Infantería puede apreciar todo el peso de una guerra, aunque, vaya uno a saber porqué, nunca es él quien escribe sus Memorias).”

Y añade:

“La elección de este personaje y algunas afirmaciones un tanto categóricas contenidas en la novela desconcertaron y ofendieron a ciertos ex-enchufados: ahora bien, como ya dije antes, las nueve décimas partes de los sobrevivientes son enchufados” (II, 180).

La frase aclara no solamente *Un día*, sino también el *Archipiélago*. Este no es cuento, es una obra de pensamiento en la cual el deseo de saber tiene libre curso sin pasar por el rodeo de la ficción, aunque sigue siendo literaria en tanto que investigación. Pero la convicción es idéntica: cuando ya no se trata sólo de volver sensibles las verdaderas coordenadas del campo de concentración, desde el punto de vista de un personaje, sino de intentar demontar mediante el análisis la red de fuerzas de represión, exponer los engranajes de la industria penitenciaria, reconstruir el génesis del sistema y, además, hacer entrever las principales características de la sociedad soviética, la cadena social sobre la que se entrelaza toda la trama de arrestos, instrucciones, deportaciones, explotación y exterminación, no hay más que una *elección* posible (es apenas una elección; el proyecto de este conocimiento no nacería si no hubiera sido decidido por un primer movimiento, anterior a la reflexión): hay que desprenderse, estar ya desprendido de las representaciones de cada grupo particular, coincidir con la posición del actor que está “en todas partes y en ninguna”, del simple

soldado, omnipresente en el teatro de la guerra y, simultáneamente, fuera del juego en el que se le ha convertido en una pieza más. ¿Debo insistir aún? El conocimiento de la burocracia no es neutro para Soljenitsin; excluye la ilusión de una posible ojeada del campo social, no se hace desde el punto de vista de Dios (notemos bien que se buscaría en vano a lo largo de los tres volúmenes alguna palabra que deje entender que ese mundo sería el producto de un decreto divino); se engendra en la experiencia del dominado, sólo así se eleva a lo universal.

Ahora bien, este lenguaje, ¿no les recuerda realmente nada a los que se dicen seguidores de Marx? ¿El punto de vista del trabajador del campo como “punto de vista de la totalidad”? ¿No les hace estremecer? Bien, que se tranquilicen, no deseo demostrar que Soljenitsin es marxista *sin saberlo*. Eso, por una razón ya de por sí muy válida: marxista es una etiqueta que nadie puede decir hoy qué encubre. Pero también por una segunda razón: Soljenitsin se encuentra aparentemente comprometido en una severa crítica de ciertas ideas de Marx, sin duda en una crítica fundamental. Y una tercera razón: parece en ciertas ocasiones, *saber* muy bien a qué se refiere cuando utiliza el pensamiento de Marx. Encuentro una muestra de ello en el texto aquí mencionado, pues, antes de reivindicar la elección de su héroe (veinte líneas más arriba), cita el *Manifiesto Comunista* con tanta habilidad como pertinencia (II, 179). Júzguese: su propósito lo ha llevado a señalar el caso de algunos Cincuenta-y-ochos (políticos, intelectuales) que, por órdenes de Moscú, fueron implacablemente destinados a los *trabajos generales*:

“¿Cómo decía el *Manifiesto Comunista*? pregunta Soljenitsin: *la burguesía ha despojado de su santa aureola a todas las actividades que hasta entonces eran consideradas venerables y ante las que la gente se inclinaba con respeto (bastante parecido). El médico, el juriconsulto, el sacerdote, el poeta, el sabio, se han convertido ahora en simples empleados a sueldo. Está bien, pero con un sueldo, ¿no? ¡Y los dejaban trabajar en su especialidad! ¿Y si los mandaran a “generales”? ¿A talar árboles? ¿Y sin sueldo? ¿Y sin pan?...”*

Humor negro, sin duda y, además, muy cercano al de Marx; sobre todo humor feroz hacia los marxistas oficiales, que invocan el *Manifiesto* como

si fuera la Biblia, pero, basándose en él, sugiere que la burocracia lleva a su término el movimiento de destrucción de todos los vínculos sociales inaugurados por la burguesía.

Pero detengo aquí este argumento. Vale más señalar algunos pasajes que imposibilitan cualquier equívoco.

Sobre los campesinos: capítulo "Historia de nuestro alcantarillado".

Evocación de la deportación masiva del 29-30: quince millones de campesinos al menos, se señalan:

"Pero los campesinos, gente taciturna, iletrada, no dejaron escritas reclamaciones, ni memorias... Y ya apenas la recuerdan los cerebros más calenturientos. Como si no hubiera herido en absoluto las conciencias rusas. Y no obstante, Stalin (y ustedes y yo tampoco) no cometió un crimen mayor que éste" (I, 31).

Capítulo: "En lugar de políticos":

"Yo escribo por la Rusia del silencio y, por tanto, poco diré de los trotskystas. Son todos gente de pluma..." (II, 227).

Sobre el hambre: capítulo "La vida cotidiana de los indígenas". Defensa de su novela *Un día* contra sus detractores que regresan de los campos y no desean ver empeñada su imagen:

"Entre tales sobrevivientes hay algunos comunistas ortodoxos que me hacen todo tipo de objeciones elevadas: '¡Qué bajo piensan y sienten - dicen- los personajes de *Un día*...! ¡Ni una meditación dolorosa sobre el curso de la Historia; lo único que les preocupa es su ración de pan y de *balanda*, como si en la vida no existieran tormentos mayores que el hambre!'

¿Ah, sí, realmente? ¿De modo que existen tormentos mucho mayores que el hambre (los del pensamiento ortodoxo, supongo)? ¡Lo que sucede, preclaros señores ortodoxos, es que ustedes, colocados en las enfermerías o en los almacenes, nunca tuvieron hambre! ¡Desde hace siglos sabemos que el hambre gobierna el mundo! (Y precisamente sobre el hambre, sobre el que los hambrientos se rebelarán necesariamente contra los hartos, está construida toda la Teoría Progresista.) A menos que haya decidido voluntariamente entregarse a la muerte, todo ser humano hambriento es gobernado por el Hambre" (II, 143).

Acerca del hambre, ver también I, 106.

Acerca de la autoridad y del ejército: capítulo “Los ribetes azules”. S. cuenta su arresto. Camina junto a otros siete soldados arrestados, entre lo que se encuentra a un prisionero alemán. S. se niega, en su calidad de oficial, a llevarle la maleta. El sargento de escolta se la entrega al alemán. Éste, cansado, hace circular la maleta de mano en mano.

“Yo no sentía por ello el más mínimo remordimiento. Y si mi vecino - con cara demacrada cubierta de un suave bozo de dos semanas-, me hubiera reprochado allí mismo, en puro ruso, el haber humillado la dignidad de un arrestado recurriendo a la ayuda de la escolta; que me colocaba por encima de los demás, que era soberbio, ¡yo NO LO HABRÍA ENTENDIDO! ¡Simplemente no habría entendido a qué se refería! ¿Acaso no era yo un oficial? Si siete de nosotros tuvieran que morir en el camino, y al octavo pudiera salvarlo la escolta, quién me hubiera impedido gritar: ‘¡Sargento, sálveme a mí! ¡Mire, soy oficial!’? Eso es un oficial aun cuando sus galones no sean azules. ¿Y si, además, son azules? ¿Sí, además, le han inculcado que es la sal de la oficialidad? ¿Que le confían más cosas que a los demás, que sabe más que los demás y que por todo eso tiene que meter la cabeza del procesado entre las piernas, y, en esta posición, embutirlo en la alcantarilla? ¿Embutirlo? Y ¿por qué no...? Yo me estaba atribuyendo una abnegación desinteresada, y, sin embargo, estaba listo para convertirme en un auténtico verdugo” (I, 148).

Capítulo: “Han traído a fascistas”. Conversación de S. en el campo de trabajo con un joven lugarteniente del Aparato, quien, con la esperanza de convertirlo en chivato, lo recibe primero con cordialidad en un despacho confortable y luego le pide que redacte su biografía.

“Y por el solo hecho de escribirlo, siento como si estuviera recuperando mi personalidad, mi ‘yo’... (¡sí, mi sujeto gnoseológico ‘yo’!). Y, sin embargo, tengan en cuenta que yo era un paisano universitario y en el Ejército sólo un ave de paso. ¡Imaginemos entonces cuán enraizado debe de estar en un militar de carrera el exigir que se le respete!” (II, 125).

En el mismo capítulo -primeros contactos con el campo de concentración. Descubre que la realidad del campo no es la misma que la del ejército:

“En el Ejército puede mandar cualquier imbécil, y cuanto más alto sea su puesto, tanto más éxito obtendrá. Mientras que un comandante de sección necesita ingenio y resistencia, y audacia, y conocimiento del alma humana, en cambio a cualquier mariscal le basta refunfuniar, pegar cuatro gritos y saber firmar su propio apellido. Todo el resto lo harán otros en su lugar, y el mismo plan de la operación se lo traerán del departamento de operaciones, hecho por algún oficialillo desconocido. Los soldados cumplen órdenes no porque estén convencidos de que son adecuadas (con frecuencia sucede todo lo contrario), sino porque esas órdenes les son impartidas desde arriba a través de toda una escala de jerarquías, como si pasaran a través de una serie de máquinas, y al que se resiste a cumplirlas le cortan la cabeza” (II, 120).

Capítulo “Los enchufados”: retrato de un detenido, antiguo general del ejército soviético, altivo, autoritario, irascible con quien comparte por un tiempo la barraca:

“Mientras yo estaba allí, escuchándolo y mirándolo, no dejaba de pensar: ‘Después de todo lo que le tocó soportar..., después de que unas burdas manos le arrancaran las charreteras (¡me imagino cómo debe haberse retorcido!); después del calabozo, de los registros y de los coches celulares...’ (...) Una esfinge de rostro blanco reluciente e impenetrable, el símbolo de la “nueva Rusia”, tal como nos veían en el Oeste... *Y todavía si ese hombre hubiera pertenecido a una familia de militares de viejo cuño...* (el subrayado es mío -C.L.), ¡pero no! Esos himalayas de soberbia los había acumulado un general soviético de la primera generación... Y después me pongo a pensar: ¿y yo? ¿Quién me asegura que en veinte años no me habría convertido yo también en un general como éste? ¿Por qué no?” (II, 192).

Sobre la patria, la religión, la ideología. Capítulo: “Los ribetes azules”:

“Tan sólo una docena de cadáveres agotan la fantasía y las fuerzas espirituales de los criminales shakespearianos. Eso les pasaba por carecer de *ideología*. ¡La ideología! He aquí lo que da la justificación buscada a la maldad y a la requerida dureza prolongada al malvado... Así los inquisidores se confortaban con el cristianismo; los conquistadores, con el engrandecimiento de la patria; los colonizadores, con la civilización; los

nazis, con la raza; los jacobinos (anteriores y posteriores) con la igualdad, la fraternidad y la felicidad de las generaciones futuras. Gracias a la IDEOLOGÍA, al siglo XX le ha tocado conocer la maldad cometida contra millones de seres” (I, 153).

Capítulo: “Elevación”:

“Hasta ese punto nuestro pueblo ha asimilado y hecho suya la fórmula ‘lo que cuenta es el resultado’! ¿De dónde nos ha venido eso? Empezó con la gloria de nuestras banderas y el llamado ‘honor de nuestra patria’... Nos viene también de nuestros célebres empresarios, los Demidov, los Kabanij, los Tsybukin (se trata de tres grandes propietarios, uno efectivamente amo de las minas de hierro del Ural, en el siglo XVIII, los otros dos personajes literarios, nos advierte el traductor a la edición francesa. -C.L.)... Nos viene, finalmente, de los socialistas de todas las especies, y sobre todo de la novísima, infalible e impaciente Teoría...” (II, 443).

¿Son estas citas suficientemente elocuentes? ¿Es Soljenitsin elitista? De manera muy extraña, pues, para interesarse tanto por las gentes sin nombre, sin voz en la historia, sin escritura. ¿Espiritualista? Pero no menos extrañamente como para hablar en esos términos del hambre. ¿Reaccionario? Sería realmente de una especie desconocida para desdeñar así al militar de espíritu, al militar de carrera, la bandera, la patria, y para no dudar en meter en la ideología el cristianismo que impulsaba la Inquisición.

Pero, no quiero terminar estas primeras consideraciones sin decir algo acerca del sentimiento religioso de Soljenitsin, pues oigo decir que le condenan los pequeños maestros del ateísmo y de la ciencia marxista, o que suscita ironías, ya que nuestra izquierda da por descontado que no se puede juzgar el comunismo si se cree en Dios (o menos de ser cristiano progresista o “compañero de viaje”, pues éste sí merece indulgencia). Habría que tratar este tema o bien superficial, o bien profundamente. Superficialmente, se desearía decir: ¡Y qué quiere usted que me importe el que Soljenitsin TENGA FE! No predica cruzada alguna, no sueña con encarcelar a los ateos. ¿Lo ha leído? El cristianismo como ideología le repugna tanto como el socialismo como ideología (es, en realidad, un realista: la Inquisición es un viejo asunto y, si tenemos en cuenta sus

efectos, ¡qué pálidos parecen éstos ante los horrores de nuestro siglo!). Superficialmente, también se podría decir: Pequeño racionalista obtuso, ¿crees que tu a-teísmo hace avanzar un solo paso en el conocimiento del mundo? Este atributo que exhibes con tanta suficiencia, ¿no lo compartes acaso con el primer imbécil, o con el primer bestia que se presenta, por ejemplo con los verdugos de los campos de concentración nazis o stalinistas? No has ni tan sólo arrancado de ti tu ateísmo, lo has sacado de una cultura, de un medio ambiente, sin más esfuerzo que otro ha sacado su religión, sin jamás preguntarte lo que te apartaba, qué quitaba o qué agregaba esta pequeña *a* al teísmo: ¡entonces, no te tomes por Marx, Spinoza, Feuerbach, o Maquiavelo!

Seramente, esto sería otro asunto: ¿cómo explicar, habría que preguntar, que un Soljenitsin, comunista hasta 1945, e, incluso, al parecer, posteriormente, en los primeros tiempos de su detención, él, que pasó por el marxismo y quedó impregnado de él, descubra el cristianismo y se sienta justificado por su fe en la revuelta? ¿Cómo explicar, en general, que la religión no sólo no desaparezca de la superficie de esta buena tierra “socialista”, sino que, a pesar de los esfuerzos extraordinarios realizados para desarraigarla, crezca por todas partes? ¿Es acaso pura casualidad el que en algunos renazca un cristianismo “salvaje”, contestatario, como respuesta al orden stalinista, fundado en el dogma marxista y la violencia de sus guardianes? ¿Es casualidad el que nuestro escritor, proclamando precisamente su fe, aplique deliberadamente a los miembros del Partido las categorías forjadas por otros en la crítica del catolicismo conservador, defensor hipócrita de la dominación burguesa? ¿No habría alguna relación entre la formidable empresa del *aplastamiento* del campo social, montada por el stalinismo, y el recurso que buscan algunos en una *figuración de la trascendencia*? Preguntas graves, es cierto, y que habría de manejar con prudencia, para no caer en el equívoco, para no dar la impresión de otorgar una garantía a lo que se comprende y respeta.

Pero basta de preguntar, puesto que es al escritor al que interrogo, el lugar desde donde habla y concibe su libro: ¿lo guía un sentimiento religioso? Ahora bien, no veo cómo se puede, tras la lectura de los tres volúmenes, concebir el más mínimo argumento en favor de esta tesis. Hay

un pasaje que, al contrario, la contradice absolutamente y que, creo, merece suma atención: un texto de una inolvidable belleza en el que Soljenitsin pone en evidencia la relación entre la condición del escritor y la del *zek*. Sin detenerme en el cuadro sociológico de la literatura rusa esbozado con este pretexto, extraigo unas líneas que deberían permitir acabar con esta discusión. Después de señalar que la prosa rusa ha sido enterrada en los campos de concentración, escribe:

“Ahora bien, el Archipiélago representaba precisamente una posibilidad única, excepcional, para nuestra literatura y, tal vez, también para la literatura mundial. En pleno siglo XX, un vasallaje increíble, en el sentido elemental de la palabra, y *sin idea de expiación*, abrió a los escritores una vía fecunda, aunque funesta. Millones de intelectuales rusos fueron allí arrojados, y no por poco tiempo: para hacerse destruir, para morir allí sin esperanza de retorno. Por primera vez en la historia tal cantidad de hombres instruidos, maduros, cultivados, se hallaron, no con la imaginación, sino de verdad y para siempre, en la piel del esclavo, del cautivo, del leñador y del minero. Así, por primera vez en la historia del mundo (y a tan gran escala) se fusionaron las experiencias de las capas inferiores y superiores de la sociedad. Desapareció una importante barrera de antaño, aparentemente transparente, pero impenetrable, y que impedía a los superiores comprender a los inferiores: LA COMPASIÓN. Es la compasión la que movía a los nobles compasivos del pasado (todos los dispensadores de las Luces), y es también la compasión la que los cegaba. Sólo los *zeks* intelectuales del Archipiélago han borrado de sus conciencias esos remordimientos: ¡compartían en su totalidad el infortunio del pueblo! Sólo el ruso cultivado ha podido describir al mujik siervo del interior, pues él mismo se había convertido en siervo.”

La posibilidad extrema de la escritura unida a la prueba de la muerte - una prueba, tengámoslo bien en cuenta, que el autor no une a la imagen de la redención y resurrección-, la servidumbre despojada de toda idea de expiación, la compasión rechazada como sentimiento que, bajo el pretexto de unir, divide, separa al uno del otro, la compasión como enemiga del conocimiento: ¡tómese, pues, este lenguaje en su justa medida, y se dejará quizás de decir tonterías acerca de la religión de Soljenitsin!